

en toda su vida! La vida de los Santos es toda ejemplar. ¿Lo es también la nuestra? ¿Podrá servir de modelo? ¿Serán santos los que siguieren nuestro ejemplo? Estas reflexiones se hacen: ellas son muy verdaderas. ¿Y es posible que se puedan hacer tan á sangre fría?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que yo las hago: espero con el auxilio de vuestra divina gracia, que mi porte declarará también el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado mas que malos ejemplos: desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos. ¡O mi Dios! y cuando podré decir con vuestro Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*: Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los que están en el camino de la inocencia, y andan fielmente en la ley del Señor. (*Psalm. 118.*)

Tened una santa emulacion de todo lo bueno, con recta intención de hacer siempre bien. (*Ad Galat. 4.*)

PROPOSITOS.

1 En este mismo dia has de escoger media hora ó por lo menos un cuarto de hora, para examinar con la mayor seriedad si en todo y por todo das buen ejemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificacion todas tus conversaciones? Tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar, ¿es todo ejemplar, es todo cristiano? ¿Das ejemplo en las concurrencias, en las funciones, en los convites, y en todas las licitas diversiones? ¿Sirves de mucha edificacion á los que te ven en la calle, en casa ó en la iglesia? No te contentes con un examen precipitado y superficial. Júzgate á tí mismo como juez recto, imparcial, desinteresado: y sentencia en justicia, si los que viven contigo serán muy perfectos solo con que imiten y sigan tus ejemplos. Toma despues tus resoluciones y tus medidas; y no se pase el dia sin que todo esté reformado y arreglado.

2 Desde hoy en adelante siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento, y con el deseo de dar en ella buen ejemplo: preséntate en la iglesia con mayor modestia, con mayor respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á aquellas acciones á que te llama la obligacion ó el estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, haz reflexion á que enton-

ces estás destinado para dar ejemplo. Reza el rosario de comunidad con toda la familia, y procura que la sirva de modelo tu devocion interior y exterior. No dejes de visitar á los pobres en el hospital; y da hoy todos los buenos ejemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche examines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel dia has servido de edificacion ó de ruina. Es esta una obligacion de que muchos cuidan poco; pero es una obligacion que algun dia nos dará bastante pena.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

LA SEGUNDA CONMEMORACION DE SANTA INÉS, en Roma.

SAN FAVIANO, mártir, también en Roma, que padeció martirio en tiempo de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES TIRSO, LEUCIO Y GALINICO, en Apolonia, los cuales consumaron el martirio en la persecucion del emperador Decio: Tirso y Galinico despues de varios tormentos fueron degollados; Leucio, llamado por una voz del cielo entregó su alma al Criador. (*Véase la noticia de S. Tirso en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES LEONIDES Y SUS COMPAÑEROS, en la Tebaida, los cuales consiguieron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE MÁRTIRES, en Alejandria, á los cuales estando en la iglesia tal dia como hoy, recibiendo la comunión, martirizaron con diferentes tormentos hasta quitarles la vida los Arrianos que seguian la parcialidad de Siriano. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN CIRILO, obispo, en la misma ciudad, acérrimo defensor de la fe católica, el cual ilustre en santidad y doctrina, murió en el Señor.

SAN VALERO, obispo, en Zaragoza. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL GLORIOSO TRIUNFO DE SAN JULIAN, obispo, en Cuenca de España, el cual distribuyendo á los pobres la renta de su obispado, vivía, á imitacion de los Apóstoles, del trabajo de sus manos: murió santamente, esclarecido en milagros. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL TRIUNFO DE SAN JUAN, presbítero, varon de Dios, en el monasterio de Remes en Francia.

SAN JAIME, ermitaño, en la Palestina, quien despues de haber caido en pecado, se retiró á un sepulcro á hacer penitencia por mucho tiempo; y resplandeciendo en milagros, voló al Señor.

SAN TIRSO, MÁRTIR.

UNO de aquellos héroes del cristianismo, en quien quiso Dios ostentar su infinito poder para confundir á los gentiles, fué S. Tirso : cuya constancia fué al tiempo de su pasion el asombro de los paganos, así como ha sido despues su memoria la admiracion de los siglos. Nació este ilustre, y valeroso español en la ciudad de Toledo, segun nos dicen varios escritores, y aunque tuvo la desgracia de ser educado en los errores de la idolatria, convencido su entendimiento, por la predicacion de los varones apostólicos que hicieron resonar la voz del Evangelio en España, de que no hay salvacion para los hombres fuera de la religion de Jesucristo, resolvió abrazarla, detestando las necias supersticiones del gentilismo.

Alistóse Tirso en el número de los catecúmenos con entrañables deseos de instruirse cuanto antes en los infalibles misterios de nuestra Santa Fe, para recibir el Sacramento del Bautismo. En este estado pasó á Cesarea de Bitinia á la sazón que el gobernador ó presidente de aquella provincia llamado Combricio perseguía con la mayor crueldad á los cristianos, en fuerza de los impíos edictos que hizo publicar contra la Iglesia el emperador Decio, dirigidos á extinguir si pudiese en todos sus dominios la Religion, y el nombre de Jesucristo. Presenció Tirso el martirio de S. Leoncio, y admirado al ver la constancia, y la alegría con que sufrió el ilustre mártir los formidables tormentos con que quiso Combricio obligarle á que prestase adoracion á falsos dioses, encendido en vivísimos deseos de lograr la misma dicha que aquel, se presentó sin ser citado al gobernador, y saludándole cortesmente, le habló de esta suerte : *Deseo saber, ó presidente, si es lícito proponer á los magistrados lo que parece conveniente acerca de sus mandatos; ó si se deben obedecer ciegamente sin saber la razon que les asiste. A ninguno está esto prohibido, le respondió Combricio, y con especialidad si conduce al bien de la república. ¿Pues qué mayor bien, continuó Tirso, puede haber para los hombres, que el de su eterna felicidad? Y siendo innegable este principio: ¿qué razon te mueve para querer obligarlos á que tributen cultos á unas vanas estatuas, y que lo nieguen al verdadero Dios, Criador de todas las criaturas?*

Quedó suspenso el gobernador al oír tan breve como concluyente discurso; pero no pudiendo satisfacerle, dijo á Tirso : *Ya veo que tu enfermedad es la misma que la de aquellos que se lla-*

man cristianos : deja esos discursos para que se ventilen en las escuelas por los que están desocupados de los negocios públicos : obedece tú los preceptos de los sumos emperadores; pues de lo contrario haré que padezcas los tormentos mas esquisitos en castigo de tu osadía. ¿Es posible, replicó el ilustre jóven, que siendo vosotros racionales, obreis contra lo que dicta la misma razon, sin consultarla para publicar unos decretos tan injustos? Pero si insistes sin ella en que los obedezca, jamás lo conseguirás, y mucho menos el que me separe de Jesucristo.

Pareció á Combricio que para obligar á un hombre de aquel carácter tendria mas eficacia la blandura que la severidad : y gobernado de esta idea quiso con fingidos halagos obligarle á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que le causó la impiedad á que quiso precisarle, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la cólera y la crueldad de aquel tirano de tal forma, que mandó á sus ministros que atándole de pies y manos con unas fuertes correas, le dislocasen todos sus miembros, y que le arrastrasen por todas las calles de la ciudad. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud : pero como el esforzado militar de Jesucristo no manifestase el menor sentimiento en aquel cruel castigo, antes bien una extraordinaria alegría, no pudiendo Combricio contener la indignacion dentro del pecho, dispuso que le quebrasen las piernas á fin de que no pudiese dar paso alguno. No satisfecho con esto, hizo que le arrancasen las pestañas de los ojos con unas agujas agudísimas, para que desfigurado sirviese de espectáculo risible á cuantos lo mirasen. No alteró la tranquilidad del ilustre mártir el tropel de semejantes castigos, antes bien lleno de valor, convirtiéndose al gobernador le dijo : *Vuelve hácia mí tu vista, pérfido, pues aunque piensas haberme causado confusion, afeando mi rostro con tan impíos arbitrios, has de saber, que al paso que me deformas en el esterior, se renueva mi interior en el conocimiento de la verdad, y cuanto afeas mi cuerpo, tanto mas hermosea mi alma Jesucristo.*

Echaba centellas de fuego por los ojos Combricio, viendo la serenidad de Tirso : y queriendo abatir su fortaleza, mandó á los verdugos que le quebrantasen los brazos con unas bolas de metal, de suerte, que quedasen péndulos sin movimiento alguno; pero experimentando que de nada aprovechaba este enorme castigo, como ni los precedentes, dispuso, que lo estendiesen sobre una cama de hierro, y amarrado á ella con cadenas, bañasen todo su cuerpo con plomo derretido. Oró Tirso en aquella postura de inmolation, suplicando al Señor que convirtiese aquel

tormento contra sus enemigos, á fin de que conociesen el poder y la gloria de su santo nombre: y oída su deprecacion saltó el plomo contra los mismos verdugos, y otros muchos infieles que asistían al espectáculo, quedando el Santo sin la mas mínima lesion.

A vista de aquel prodigio comenzaron á clamar los gentiles: *Grande es el Dios de los cristianos*; y llenándose Tirso de alegría al oír estos ecos, dijo á Combricio: *¿Entiendes ya que reina Dios en los cielos, el que á tu vista obra tan estupendas maravillas?* Parecía regular que conociese el tirano que asistía al ilustre mártir alguna virtud sobrenatural que lo defendía de sus insultos; pero mas terco y mas obstinado en fuerza de su misma confusion, ciego de cólera dijo á sus ministros: *Traed unas espadas, y cortad con ellas paulatinamente todos los miembros de este perverso, para que sea mayor, y mas sensible el castigo.* Ejecutóse la providencia con la lentitud que el tirano previno; pero haciendo oracion el Santo en medio de aquel bárbaro tormento, se oyó una voz del cielo que decia: *Confía, Tirso, que yo soy por quien padeces: mantente firme, que yo te asistiré para que triunfes.* Creyó Combricio que eran sus dioses los que le hablaban para que les ofreciese sacrificio: mas este concepto le desvaneció un terrible terremoto que ocurrió en el mismo lugar donde estaba sentado, en fuerza del cual cayó en tierra precipitadamente; pero no queriendo darse por vencido, mandó que pusiesen á Tirso en la cárcel, con orden de conducirlo cargado de prisiones á Nicomedia donde tenia que partirse. Llevaron á Nicomedia al ilustre confesor en tiempo que vino á aquella ciudad Sirvano, conde, ó gobernador de todo aquel departamento; al que dieron parte por su oficio de que se hallaba en prision cierto hombre llamado Tirso, inobediente á los edictos imperiales. Era aquel bárbaro fiero perseguidor de los cristianos, uno de los mas ciegos protectores del culto de sus ídolos; por lo que no queriendo dilatar el castigo, mandó que presentasen al reo en su tribunal en el siguiente dia.

Deseaba con vivas ansias Tirso recibir el Sacramento del Bautismo: y estando al comedio de la noche rogando al Señor que le concediese esta dicha, aparecieron en la cárcel unos ángeles, que soltándole de las prisiones, y abriéndole las puertas, como hicieron en otro tiempo con el Príncipe de los Apóstoles, le llevaron al retiro donde se hallaba el obispo de la ciudad oculto por temor de los gentiles. Tenia ya noticia aquel prelado de los gloriosos triunfos de Tirso, y queriendo rendirle la veneracion debida, luego que se presentó, lo rehusó el humilde jóven, ma-

nifestándole, que el fin de su venida no era otro que el que le concediese el Bautismo. Hizolo el obispo lleno de alegría: y habiendo recibido con el sagrado crisma aquel valor, y aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, solicitaba ya con vivas ansias dar al mundo nuevas pruebas de la firmeza de su fe.

Volvió á la prision el Santo asistido de los mismos ángeles: y presentándose al tribunal de Silvano, quiso éste proceder en la causa acompañado de Combricio. Leyóse el proceso que se habia formado contra Tirso, y luego que fué oído, le prometió el nuevo tirano, que si mudaba de religion le honrarián los emperadores hasta lo sumo; pero que si preinsistía en ella con terquedad, supiese, que los tormentos pasados eran muy ligeros en comparacion de los que le restaban que padecer. *Persuádeme con razon, y no con violencia,* le respondió el Santo: *dime ¿á qué Dios he de ofrecer sacrificio? Vamos al templo de Apolo,* continuó Silvano, *y allí te diré á quien has de sacrificar.* Creyeron los jueces que con efecto queria el ilustre mancebo ejercer aquel acto en prueba de su reconocimiento; y levantándose ambos del tribunal, lo condujeron ante aquella falsa deidad á la que le intimaron que sacrificase. Hizo entonces oracion Tirso levantando los ojos al cielo, pero apenas concluyó su súplica, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos los concurrentes; y cayendo en tierra el famoso ídolo hecho mil pedazos, dijo entonces el Santo á los jueces: *Ved el poder de vuestros dioses á la invocacion del verdadero.*

No es fácil esplicar la confusion que causó el inopinado suceso en el ánimo de Silvano; pero atribuyendo aquel prodigio á magia y á encantamiento, de que eran notados los cristianos por los infieles en la operacion de semejantes maravillas, encendido en una furiosa cólera, mandó que atasen á Tirso con una fuerte cuerda á una carrucha, y que introduciéndole muchas veces de cabeza en una caldera de agua hirviendo, lo azotasen el resto del cuerpo con la mayor crueldad. Hizo oracion el Santo en aquel extraordinario suplicio, y reventándose la caldera con total efusion del agua que contenia, quedó el ilustre mártir sin lesion alguna. Corrido, y avergonzado el tirano á vista de este portentoso, dió orden á sus ministros para que precipitasen al valeroso jóven por uno de los muros de la ciudad, en el que dispuso hubiese una horrible máquina de puntas de hierro agudas hácia arriba; pero al ejecutarse aquel castigo, le libró una mano invisible con admiracion de cuantos asistieron á aquel horroroso espectáculo. No pudiendo ambos jueces resistir por mas tiempo á tantas

maravillas, providenciaron volver á la prision al Santo, de la que fuese conducido á Apamia, á donde tenian que partirse. Quisieron antes reconocer la última resolución de Tirso, y enterados de su constancia en la fe, dieron orden para que lo llevasen azotado hasta la ciudad dicha. Hiciéronlo los verdugos con la mayor crueldad: mas vengando Dios las enormes injurias hechas á su amado siervo, murieron desgraciadamente Silvano y Combricio al cuarto día de su llegada á Apamia, conforme lo profetizó el Santo: de cuyos sepulcros se levantó un incendio tan voraz, que puso á la ciudad en peligro inminente de quedar reducida á cenizas.

Vino á Apamia otro gobernador ó presidente llamado Baudo no inferior en el odio contra los cristianos que sus predecesores. Informóse de todo lo ocurrido, y resumiendo con nuevo ardor la causa, hizo comparecer ante su tribunal á Tirso. *¿Eres tú, le preguntó, el que desobedeces los decretos de los principes del mundo, aquel que despreciaste al grande Apolo? Yo soy el mismo, respondió el ilustre jóven, que fundado en razon y en justicia repugno ofrecer sacrificio á las vanas estatuas representativas de quiméricas deidades: y solo le ofrezco al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra, y á su Unigénito Hijo Jesucristo. ¿Piensas, siguió el tirano, que este tribunal es como los antecedentes, y que los tormentos que providencie han de ser como los pasados? Deja la vana religion que profesas, pues de lo contrario haré que padezcas inauditos castigos. No dudo, respondió Tirso, que cada uno de vosotros procura escender en la crueldad de sus predecesores; mas este empeño no es capaz de rendir á los que confían en Jesucristo.*

Conoció el presidente por tan valerosa respuesta que perdía el tiempo en querer reducir á Tirso á que prestase adoracion á sus dioses, y deseando vengar su osadía, mandó que lo arrojasen al mar cosido en un saco para que quedase sumergido en el piélagos. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud; pero rompiéndose el saco, apareció el ilustre mártir sobre las aguas, conduciéndose por ellas con la mayor serenidad acompañado de ángeles hasta la orilla del mar. Quedaron atónitos los gentiles á vista de aquel prodigio, dieron aviso al tirano de lo ocurrido, y queriendo inspeccionarlo por sí, vino donde estaba Tirso, y fue testigo de la estupenda maravilla. Creyó que ésta era efecto de las malas artes que usaban los cristianos en el concepto de los gentiles, bajo cuyo supuesto le dijo: *Grandes á la verdad son tus hechizos, pues refrenas al mar, y libras tu vida de tan inminentes peligros; pero yo te aseguro, que no te han de valer los en-*

cantos en los nuevos tormentos que discurra. Dime, juez inicuo, le replicó entonces Tirso, ¿quién de tus dioses, ó de tus magos ha obrado hasta ahora el portento de salvar á un hombre de lo profundo del mar, haciendo que ande sobre las aguas como por sólido elemento hasta la orilla acompañado de ángeles? No dejó el tirano que prosiguiese el ilustre mártir su discurso, y teniendo que partirse á Apolonia, mandó, que le lleváran azotándolo á aquella ciudad, donde dió orden para que tuviesen hambrientas á las fieras, á fin de que cebasen su saña con mayor crueldad en el esforzado militar de Jesucristo. Entraron los paganos á Tirso en el anfiteatro, y soltaron las fieras para que lo despedazasen; pero fué tan al contrario, que olvidándose éstas de su condicion, se postraron como mansos corderos á los pies del Santo, lamiéndole dulcemente las heridas.

Quedó pasmado Baudo á la vista de aquel extraordinario prodigio; pero no encontrando medios para resistir á la soberana virtud que defendía á Tirso, mandó que lo volviesen á la cárcel cargado de prisiones. Desvelábase el tirano en discurrir arbitrios para abatir la fortaleza del ilustre jóven, y creyendo que castigándole á presencia de sus dioses lo conseguiria, hizo convocar á todo el pueblo en el templo de Apolo, donde mandó que lo azotasen los verdugos con la posible inhumanidad. Oró el Santo en medio de aquel castigo, y se oyeron espantosos truenos que llenaron de susto á todos los concurrentes; en fuerza de los cuales cayeron en tierra todos los famosos ídolos que habia en el templo. Entonces dijo Tirso al presidente: *¿Porqué no das la mano á tus dioses tan vergonzosamente postrados en el suelo? Mira que necesitan de tu ayuda: no los dejes así, para que se mofen de ellos los profesores de la religion de Jesucristo.*

Clamaron los gentiles á vista de aquel extraordinario portento, que era grande sin duda el Dios de los cristianos; pero distinguiéndose entre todos un famoso sacerdote idólatra llamado Calinio, convertido á Baudo le habló de esta suerte: *Visto es, clarísimo presidente, que un pobre hombre como Tirso, gravemente herido, ha arrojado en tierra al valeroso principe de los dioses Júpiter, ha convertido en menudos pedazos repetidas veces á Apolo, y ha rendido al invencible Hércules con la misma ignominia sin otras armas que la invocacion del nombre de Jesucristo: y así es preciso que confesemos por verdadero Dios á este Señor superior á los nuestros. ¿Qué novedad es esta, Calinio? le replicó Baudo: parece que á tí tambien han engañado los hechizos de Tirso; pero la respuesta del sacerdote no fué otra que desnudarse de sus insignias, y arrojarlas á los pies del tirano, diciéndo-*

le : *Recoge esas vestiduras que afeó el humo del incienso, y manchó la sangre de los horrendos sacrificios; que yo desengañado de los errores que he seguido hasta aquí, detesto y abomino de los quiméricos dioses que avasalla un hombre humilde, y reconozco por verdadero al que adora Tirso, autor de estas estupendas maravillas.*

No hay voces para manifestar el enojo que concibió Baudo oyendo la ingenua confesion de uno de los mas famosos sacerdotes que tenian los ídolos, de la que resultaba el mas vergonzoso descrédito de sus mentidas deidades, al paso que el mayor honor y la gloria á Jesucristo; y no pudiendo contener su indignacion, mandó que los verdugos degollasen inmediatamente á Calinio, quien por el bautismo de su sangre logró el premio de su confesion. Deseaba el bárbaro presidente dar muerte á Tirso con un modo inaudito: y siguiendo esta idea, dispuso que le encerrasen en una caja de madera bien oprimido, en cuya disposicion le aserrasen con una sierra miembro por miembro. Cometió la ejecucion de este inhumano castigo á dos fieros ministros llamados Sabino y Victor, que apetecian complacer al gobernador. Estuvieron estos muchas horas haciendo uso de la sierra; pero impidiendo el Señor el efecto de aquella máquina, no pudieron herir en lo mas mínimo al cuerpo del ilustre mártir á pesar de su obstinada porfia. Levantó entonces Tirso los ojos y las manos al cielo para dar al Señor las correspondientes gracias por tantos prodigios como se dignó obrar en su defensa para confusion de los gentiles; pero como sus deseos ya no eran otros que de disolverse de los vínculos carnales para unirse con Cristo, rogó al Señor que le concediese esta dicha. Oyó Dios con agrado las súplicas de su siervo, y queriendo premiar sus gloriosos triunfos, lo llevó á disfrutar los mamisibles gozos de su vision beatifica en el dia 28 de enero por los años 252 ó 53.

Luego que subió al cielo la dichosa alma del ilustre mártir, descendió á los abismos la del infeliz Baudo muerto á fuerza de vivísimos dolores mas terribles que la misma muerte: confesando en altas voces, que le atormentaban con aquel intolerable castigo los ángeles, por haber quitado la vida al justo. Supieron los fieles el desgraciado fin del tirano: y habiendo concurrido muchos de ellos con el obispo Cesario y un sacerdote llamado Laudocio á tributar los últimos obsequios que prescribe nuestra Santa Religion con los difuntos, embalsamado con preciosos aromas el cuerpo del Santo, le dieron sepultura con la veneracion debida á sus relevantes méritos.

Estendióse la fama de los gloriosos triunfos del célebre mártir



S. CIRILO O. Y M.

Tirso por todo el orbe cristiano; pero distinguiéndose España en el aprecio, y en la veneracion para con el que estimó siempre por uno de los héroes más ilustres que han florecido en la nacion, erigió en honor suyo diferentes templos en varias ciudades y pueblos de la península, donde ha sido tan antiguo su culto, como se acredita por el oficio mozárabe segun el órden del Padre S. Isidoro de Sevilla. Tambien nos dice Antonio Vicente Domenec en la Historia de los Santos y Varones ilustres de Cataluña, que en el monasterio de S. Estéban de Bañoles, sito en el obispado de Gerona, se conserva una mano del Santo; cuya preciosa reliquia es tenida en grande veneracion por los religiosos de aquella ilustre casa.

SAN CIRILO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

SAN Cirilo fué elevado por Dios al honor de defensor de la fe de la Encarnacion de su Hijo; de cuyo misterio es llamado el doctor, como S. Agustin lo es de la gracia, dice Tomasino. Estudió bajo la direccion de su tio Teófilo, y asegura haber hecho regla inviolable no establecer doctrina alguna, que no hubiese antes aprendido de los antiguos Padres. Sus libros contra Juliano apóstata manifiestan, que habia leído escritores profanos. Muchas veces dice el Santo de sí mismo que no atendia á la elocuencia humana, y era de desear que hubiese escrito en un estilo mas claro, y con mayor pureza de lengua griega. Por muerte de Teófilo en el año de 412 fué elevado por el pueblo á la dignidad patriarcal. Principió este Santo á ejercer su autoridad mandando, que fuesen cerradas las iglesias de los Novacianos en la ciudad, y que se apoderasen de los vasos sagrados, y de sus ornamentos: accion censurada de Sócrates, que era protector de estos herejes; pero no tenemos noticia de las razones en que ellos se apoyaban. Inmediatamente echó á los judíos de la ciudad, que eran muchos en número, y gozaban de grandes privilegios en ella desde el tiempo de Alejandro el Grande. Moviéronle á esto las sediciones, y varios actos de violencia, que aquellos cometieron; cuya espulsion, aunque ofendió gravemente á Orestes, su gobernador, fué aprobada por el emperador Teodosio: y los judios jamás volvieron á su antiguo asiento. S. Cirilo fué á pedir al gobernador por los santos Evangelios, que consintiese en una reconciliación, y que se uniese á él con una amistad sincera; pero fueron despreciadas sus súplicas. Perniciosos efectos produjo esta desgraciada desavenencia. Hypatia, mujer pagana, tenia en la ciudad escuela pública de Filosofia; su reputacion de doctrina era tan grande, que